

Un grupo de presos disidentes de la organización se reunieron en 2011 de forma individual con víctimas. Los responsables del programa recuerdan ese proceso

El perdón, cara a cara

MÓNICA CEBERIO BELAZA. Madrid
Esther Pascual había pedido reuniones pequeñas, con grupos de tres personas, para poder explicar en qué consistía el programa y que cada cual planteara sus dudas. No le importaba que eso supusiera visitar varios días la cárcel. Estaba ante el mayor reto profesional de su vida y quería ir con calma. Pero, como sucede tantas veces, la realidad arrolla los planes perfectamente calculados.

— ¿De tres en tres? —le dijo entre risas Juan Antonio, el director de la prisión—. Venga, entra, que ahí están.

— Que ahí están... ¿cuántos?
— Pues todos.

Pascual respiró hondo antes de entrar en la sala. Se encontró a una veintena larga de personas. Presos con extensas condenas por terrorismo a sus espaldas que habían acabado reunidos en la cárcel de Nanclares de Oca (Álava) porque se habían alejado de ETA. Eran todos disidentes, pero mantenían planteamientos muy diversos. Ella les explicó lo que venía a ofrecerles: entrar en un proceso de mediación penal para encontrarse con sus víctimas. Les habló de reconciliación y perdón.

“Les conté que el programa era voluntario y que no iban a tener ningún beneficio penitenciario por participar”, recuerda la mediadora y abogada. “Que era algo puramente personal; que si alguien estaba interesado tenía que empezar a trabajar conmigo de forma individual en un proceso que podía ser largo; y que se arriesgaban a que luego las víctimas no quisieran reunirse con ellos”. Cinco le dijeron que sí.

Así empezó un programa que acabó con una decena de encuentros a lo largo de 2011 entre presos por delitos terroristas y víctimas de la banda. En algunos casos eran sus víctimas directas, familiares de una de las personas a las que habían matado. En otros, los internos se presentaban como miembros de una organización con estructura militar en la que todos se hacían responsables de los todos los atentados.

Tres de los responsables de que estos encuentros se llevaran a cabo se han reunido una mañana de finales de abril en Madrid a petición de este periódico. Se trata de la propia Pascual, la entonces secretaria general de Instituciones Penitenciarias, Mercedes Gallizo, y Txema Urkijo, que en 2011 era adjunto de la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno Vasco —dirigida por Maixabel Lasa, víctima ella misma después de que ETA asesinara en 2000 a su marido, Juan Mari Jauregi, exgobernador civil de Gipuzkoa—. Los tres defienden un camino, la *vía Nanclares*, que luego se frenó pero que supuso que miembros de ETA reconocieran sin ambages el daño causado a las víctimas.

“Los que llegaron a Nanclares empezaron poco a poco a comentar su interés por acercarse a las víctimas”, recuerda Txema Urkijo. “Nosotros pensamos que eso no podía hacerse así como así llevando a víctimas a la cárcel”. “Tenía que hacerse una intervención profesional, con un programa protocolizado”, añade Gallizo. Una vez decidido, los tres intervinieron



Mercedes Gallizo, entre Txema Urkijo y Esther Pascual, el pasado viernes en Madrid. / CARLOS ROSILLO

Zuera, Villabona y Nanclares, una apuesta por la reinserción

Mercedes Gallizo llegó a Instituciones Penitenciarias en 2004. Se encontró con muchos presos con dudas sobre su vinculación a ETA y sobre la violencia. Cuando la banda terrorista volvió a matar después de la tregua de 2006, las críticas aumentaron dentro de la cárcel. A finales de 2008 Interior fue trasladando a estos reclusos críticos a prisiones cercanas al País Vasco —Zuera, en Zaragoza, y Villabona, en Asturias— para favo-

recer el debate entre ellos. Pero lograr que entraran en el camino de la reinserción individual era complicado.

“Muchos de los reclusos eran históricos de la banda que sentían que debían lealtad a ETA aunque no estuvieran ya de acuerdo con las decisiones de la organización, y no querían llevar a cabo una crítica pública”, recuerda Gallizo. En todo caso, Zuera y Villabona se convirtieron en lugares de

reflexión colectiva. De allí, los que daban un paso más y firmaban una carta rechazando la violencia, pidiendo perdón a las víctimas y comprometiéndose a hacer frente a las indemnizaciones civiles (requisitos que exige el Código Penal para que los presos por terrorismo puedan obtener beneficios penitenciarios), fueron luego trasladados a la prisión alavesa de Nanclares de Oca, ya en Euskadi, donde comenzaron a aprobarse modelos específicos de cumplimiento para que pudieran salir de la cárcel para estudiar o trabajar. Apenas una veintena de presos se atrevieron a dar ese paso final.

tes —el Ministerio del Interior, la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco y la mediadora Esther Pascual— empezaron a trabajar en el más absoluto secreto.

Pascual se entrevistó con los cinco presos que habían decidido entrar en el programa. “Había que ir muy poco a poco”, recuerda. “A muchos les costaba analizar sus vidas. Es normal, porque para matar a otro tienes que anular tus sentimientos. Pero para que pudieran llegar a reunirse con una víctima era muy importante que recuperaran la empatía y su lado emocional”.

En cada entrevista, cada uno de ellos se iba abriendo más. Pascual observaba el tono, la sinceridad... para decidir cuándo estaban preparados. “El discurso en contra de la violencia tenía que ser claro”, explica. “Las víctimas no pueden tolerar ningún tipo de justificación. Por eso a uno de los cinco le dije que no podía seguir, porque, de alguna manera, seguía justificando algunos crímenes”.

Sin beneficios

Mientras tanto, en paralelo, la Dirección de Atención a las Víctimas del Gobierno vasco convocó otra reunión. Pascual explicó a un grupo de víctimas de ETA la idea y cómo se llevaría a cabo, y quiso la casualidad que aceptaran cuatro personas, el mismo número de presos preparados para mantener el encuentro. La mediadora inició entrevistas individuales también con ellas.

“Estaban preocupadas”, recuerda. “No querían que para los presos los encuentros pudieran ser algo instrumental para obtener beneficios penitenciarios. Les expliqué que no era así. Lo que muchas buscaban era poder decirle a la persona como se habían sentido durante todos esos años, cómo les había cambiado la vida el atentado. La mayoría decía que no necesitaban que les pidieran perdón, pero en muchas ocasiones esto cambió después”.

“Todos los encuentros de esta primera fase y de la que siguió después salieron extraordinariamente bien”, señala Pascual. “Sin excepción. Normalmente, la víctima saca lo que tiene dentro, se cree y logra transmitir con entereza el dolor que ha guardado durante años. Todas las víctimas salieron mejor de lo que entraron y se sintieron, de alguna forma, reconfortadas. Menos mal, porque un solo fracaso habría sido un gran fracaso”.

A finales de 2011 ETA declaró el cese definitivo de la violencia y hubo un cambio de Gobierno en España. Ambas cosas tuvieron consecuencias. Por un lado, los reclusos críticos apostaron por esperar una solución colectiva para su situación una vez que ETA ya no mataba. Querían evitar significarse de forma individual. Por otro, el nuevo Ejecutivo de Mariano Rajoy tampoco siguió la línea iniciada por sus predecesores.

“En todo caso, no deberíamos olvidar Nanclares por lo que supuso”, concluye Gallizo. “Fomentar la autocrítica dentro del mundo de los presos de ETA es algo necesario para no cerrar en falso esta dolorosa página del pasado”.